

se decidió la campaña, cuando el acaso quiso que cayera del caballo. Aprovechando esta desgracia, Mohammed Ibn Abi Amir acometió con mas vigor y obtuvo la victoria. En este combate pereció el último defensor valioso de la dinastía omniada, la cual sucumbió también con él.

Durante veinte años desde entonces la ley suprema y única en la España mahometana fué la voluntad del ministro Ibn Abi Amir. No faltaron intrigas y conspiraciones, pero el astuto y decidido ministro las supo siempre descubrir é inutilizarlas á tiempo, al principio con su acostumbrada falacia y alevosía, no contentándose con castigar á los verdaderos culpables sino desembarazándose siempre de paso de cuantos adversarios le eran sospechosos. Así hizo matar á traición en el año 372 (983) al jefe de los berberiscos senatas Schá'afar, á quien tanto había halagado y á cuyo sable debía gran parte de sus triunfos.

A repasar la vida de este hombre notable, el mas notable que ha producido la España mahometana desde sus comienzos hasta el punto donde hemos llegado, se ha de convenir en que la historia de todas las naciones no ofrece otro ejemplo igual de usurpacion del poder realizada por medios mas indignos que los empleados por Mohammed Ibn Abi Amir; por lo menos no en España, donde ha habido traidores y hombres brutales como Abderraman I; pero ¡cuánta altura está este monarca y aun el mismo Abdallah comparados con Ibn Abi Amir, que defraudando el tesoro se hace con una protectora poderosa en el harem de su amo, y á la sombra de ella se encarama al trono! Pero también vemos que jamás usurpador alguno empleó su poder tan admirablemente bien y en escala tan grandiosa como él. Desde el instante en que se sintió completamente seguro, desapareció Ibn Abi Amir el Zorro para hacer lugar á Ibn Abi Amir el Leon; solo en rarísimos casos se observa algun pequeño rasgo que nos recuerda que en las venas de este hombre no corría sangre real.

Cuando se vió en la cúspide del poder, siendo dueño absoluto de la España mahometana, citó á su presencia á sus compañeros de estudios de sus años juveniles, á los cuales había dicho en aquel tiempo que algun día sería dueño de todo el país, y les concedió á cada uno el puesto que habían deseado; pero á aquel que por burla había dicho que en tal caso quería ser paseado desnudo, untado de miel y montado de espaldas en un asno por las calles de Córdoba, no le aplicó este castigo, contentándose con la confiscacion de sus bienes. Como los califas, admitió en su corte también poetas y literatos que cantaron sus glorias. La poesía hispano-árabe continuó su marcha ascendente; poetas notables que habían brillado ya en el reinado de Hakam II, como Yusuf er-Ramadí, Ibn Derradsch y otros, adornaron también la época de Ibn Abi Amir; el célebre Ibn El-Fáradí continuó narrando los grandes hechos de los mahometanos españoles; pero á pesar del aumento de la riqueza literaria, se oían quejas de que Ibn Abi Amir protegía mas los poetas aduladores insignificantes que los príncipes del arte y de la ciencia. Le faltaba el gusto delicado hereditario en la dinastía legítima. No obstante, en todos los puntos principales no cedió el regente, una vez que su poder estuvo consolidado, á ninguno de los monarcas mas grandes del Islam. El funcionario defraudador se hizo justiciero é imparcial; el que entregó la biblioteca de Hakam II á los fakihs, no dejó pasar ocasion alguna para oponerse á las demasías del clero intolerante; el egoísta temible que en su carrera en busca del poder nada había respetado, tuvo momentos de arranques de generosidad cuando ya nadie se habría atrevido á contrariarle. Sabiendo que una de sus esclavas, á quien idolatraba, estaba perdidamente enamorada de uno de los visi-

res, dominó sus celos é ira y unió á los dos amantes cuando estos estaban temblando por su vida. En fin, pareció que solo el dominio de una idea fija, la ambicion, le había dominado desde su juventud y había acallado pasajeramente sus impulsos mas nobles. De todas maneras, fué Ibn Abi Amir un hombre extraordinario, y entre sus cualidades mas grandes ocupaban el primer lugar una sagacidad que jamás se equivocaba y una energía inflexible que no le abandonó hasta el último instante de su vida, cuando mas muerto que vivo, sufriendo los tormentos de una enfermedad terrible, salió todavía en persona á campaña contra los cristianos. Dirigió personalmente 52 expediciones militares; durante su gobierno no dejó á los cristianos un instante de reposo, y al mismo tiempo nada escapaba á su mirada penetrante en la administracion interior. A una de las personas de su confianza que le aconsejaba atender á su salud y no arruinarla con el continuo trabajo nocturno, dijo un dia: «Los monarcas no deben dormir; si yo durmiese lo que el cuerpo me pide, muy pronto no habría mas que dormilonen en la capital.» El objeto principal de su solicitud era siempre el ejército que había creado y que no se cansó de perfeccionar y aumentar con berberiscos y cristianos; su liberalidad para con las tropas era regia, pero férrea la disciplina para que obedecieran á la mas leve señal; su pericia militar no cedía á ninguna de sus demás cualidades extraordinarias y solo fué sobrepujada por su gran fortuna, que hizo que en toda su vida no perdiera una sola batalla. Mas que esto imponía á sus soldados su persona, tanto que por él peleaban y morían con entusiasmo. Tenía el tacto de tratar á la tropa no con palabras, sino con actos que llevaban en sí una fuerza mágica mucho mayor que las palabras. En una revista que pasó al ejército estando firme é inmóvil, como lo exigía su disciplina terrible, vió brillar súbitamente un sable en una de las filas de fondo. Era el de un soldado que quiso enseñar una particularidad del arma al individuo que estaba á su lado, y al instante hizo salir al infeliz de las filas y le increpó por haber desenvainado el arma sin haberse dado la orden correspondiente; el soldado profirió alguna excusa, pero Ibn Abi Amir dijo que no había excusa que valiera y con el mismo sable le hizo cortar la cabeza, que clavada en una pica fué paseada por todas las filas á fin de enseñar á todos lo que debían entender por disciplina. Cuando en algun combate la tropa no se portaba como él quería, solía quitarse su almete de oro y sentarse en el suelo sin decir palabra, como quien desprecia mirar siquiera cómo se peleaba. Esto bastaba para aguijonear la tropa á hacer prodigios de valor. Por este y otros medios análogos llegó Ibn Abi Amir á formar con berberiscos, árabes y cristianos un ejército unido, compacto é irresistible, con el cual pudo hacer todo lo que quiso y contra el cual todos sus enemigos de dentro y fuera se estrellaron impotentes mientras él dirigió esta máquina formidable. Los brillantes triunfos que con ella obtuvo todos los años hicieron olvidar gradualmente al pueblo á su califa legítimo; porque ni en tiempo de Abderraman el Grande había alcanzado el Islam en España tantos triunfos gloriosos como en los veinte años de la regencia indisputada de Mohammed Ibn Abi Amir.

Primero hizo pagar caro á Ramiro III el auxilio que había prestado á Galib. En 371 (981), despues de la derrota de los dos aliados, marchó con su ejército al Norte; una division á las órdenes del príncipe omniada llamado Abdallah, por sobrenombre Piedra-Seca (el Hadschar), tomó por asalto á Zamora, la destruyó y devastó toda la comarca; solo el castillo se sostuvo; pero Ibn Abi Amir sin detenerse pasó con el grueso del ejército adelante y derrotó cerca de Rueda á las fuerzas reunidas de Ramiro, del conde de Cas-

tilla García Fernandez y del rey Sancho de Navarra, que había acudido á su auxilio. Despues tomó y destruyó á Simancas y volvió á derrotar las fuerzas cristianas al pié de las murallas de la capital Leon, en la cual ya habían penetrado los mahometanos cuando una tempestad horrorosa les obligó á retroceder.

Las derrotas sufridas por Ramiro exacerbaron el descontento antiguo de los leoneses; y Bermudo II, primo de Ramiro, se levantó contra él proclamándose rey en Galicia en 982 (372). La guerra civil que con este motivo estalló tuvo por resultado que ambos príncipes se dirigieran uno tras otro á Córdoba para mendigar vergonzosamente el auxilio armado del regente; pero éste no se llamaba ya sencillamente Mohammed Ibn Abi Amir, sino Almanzor; porque siguiendo invariablemente su plan de ser rey y fundador de una dinastía, había obtenido del califa, su testafarro, el decreto que le concedía el sobrenombre honorífico de El-Mansur (el victorioso), con el cual había de firmar en adelante sus órdenes y decretos, y ordenó al propio tiempo que se le incluyera con este nombre en la oracion del viernes inmediatamente despues del califa en todas las mezquitas, concediéndole además el privilegio del besamanos. De este privilegio solo gozaban los soberanos, pero con el tiempo se fué extendiendo á los visires y á los príncipes omniadas, y los cortesanos grandes y pequeños corrían desde entonces á besar la mano hasta á los hijos del regente; tanto había degenerado con el gobierno absoluto, desde Abderraman, el antiguo espíritu de independencia de los árabes. Un cronista árabe que vivió posteriormente dice: «Un niño del regente que vislumbra, van se corrian á besarle la mano y todos los dedos uno á uno.» Al regente, como á todo hombre que ha salido de la nada, halagaban estas demostraciones, pero no se pagaba de ellas, y pronto mostró que hasta el sobrenombre de Almanzor era para él una simple vanidad. Ni la necesidad de hacer olvidar la manera ilegal con que había subido al poder, ni la de conquistar la simpatía del clero, sino su propia índole y su ambicion le impulsaron á la guerra y á las conquistas, y bien puede decirse que ninguno de los monarcas mahometanos de España ha hecho su nombre tan terrible á los cristianos del Norte como este Almanzor. Poco trabajo le costó el arreglo del conflicto de Leon; á Bermudo II, al cual muchos vasallos ni aun despues de la muerte de Ramiro no quisieron reconocer, concedió las tropas que había pedido y que le consolidaron pronto en el trono en el año 374 (984) (1); pero como quedaron acantonadas en el país, le hicieron por de pronto vasallo de Córdoba, tanto que hubo de dar al regente pagano hasta su hija Teresa por esposa. Entretanto Almanzor en persona llevó á cabo varias expediciones de rapiña en los territorios de Castilla y Navarra, y finalmente cayó con todo su ímpetu formidable sobre el condado de Barcelona, cuya capital fué tomada, por primera vez despues de haberse visto por mas de siglo y medio libre de mahometanos. Las tropas berberiscas y cristianas del regente cometieron en la ciudad infortunada indecibles atrocidades; quemaron la ciudad, degollaron á la guarnicion y á la mayor parte de los habitantes y al resto se llevaron prisionero en calidad de esclavos. Hasta entonces habían sido bárbaros los mahometanos en la guerra, pero comparativamente con el comportamiento de otros ejércitos en aquella época de la Edad media había sido el suyo humanitario, y muy particularmente si se comparaba su conducta con la de los cristianos que señalaron su camino con atrocidades muchísimo peores

y que hallándose en gran número ahora en el ejército del regente dieron á la tropa musulmana un ejemplo lamentable con su desenfreno y barbarie. Pasó mucho tiempo antes de que el elemento hispano-mahometano adoptara sus costumbres brutales, y aun así conservó mientras existió un espíritu de caballerosidad hasta para con sus enemigos mortales del cual pocos ejemplos dieron los españoles católicos. La soldadesca cristiana y la berberisca en los ejércitos mahometanos deshonraron la fama del Islam, que pide precisamente respeto para el enemigo inerme.

Despues de la destruccion de Barcelona hubo de suspender el regente las operaciones de importancia en el Norte para acudir al Noroeste de Africa. Durante el gobierno del sirida Boluggin, como lugarteniente general de los fatimitas, se habían mantenido en paz los habitantes del Magreb temiendo á este jefe enérgico; pero habiendo muerto en el año 363 (974) y habiéndole sucedido su hijo Mansur, los berberiscos creyeron la coyuntura favorable para sacudir el yugo. Cuando las tribus que simpatizaban con Córdoba, especialmente establecidas al rededor de Fez, estaban á punto de recobrar su independencia, surgieron nuevas é inesperadas complicaciones. Poco antes de la muerte de Boluggin el califa fatimita Azís había autorizado al edrisita Hasan Ibn Canun para regresar al Magreb. Este Hasan había sido hecho prisionero por Galib en 363 (974), había sido llevado á Córdoba y desde allí, despues de varias vicisitudes, había ido á parar al Cairo. Boluggin, que tenía interés en que fuera dueño de Fez un enemigo declarado de los omniadas, le auxilió con sus tropas, y un número de tribus berberiscas se pusieron de lado de Hasan Ibn Canun. Almanzor no podía consentir que durante su gobierno se volviera á establecer á las puertas de su imperio una dinastía destronada por Hakam II, y para impedirlo envió un ejército al Africa; Ibn Canun, que no tenía tropas bastantes para luchar contra una fuerza superior, tuvo la imprudencia de capitular á condicion de que se respetara su vida, lo cual prometió el jefe cordobés; mas cuando llegó á Córdoba el parte oficial, Almanzor no reconoció la capitulacion, hecha sin su aprobacion, y para tener reposo en adelante mandó decapitar al edrisita, que era un enemigo tan maligno como enérgico. El jefe que había firmado la capitulacion sufrió también la última pena por haberse excedido de sus atribuciones y haber comprometido al regente. Además fueron proscritos todos los miembros de la familia edrisita que se encontraban en España y en el Magreb, el cual quedó otra vez bajo el dominio de Córdoba. Mucha irritacion produjo en el pueblo, y particularmente en el clero, la accion fea de haber faltado á la palabra dada á Hasan y la ejecucion del jefe que la había dado, evidentemente con entera buena fe. Aquella accion excitó tanto mayor descontento cuanto que la víctima era edrisita y de consiguiente jerife (2) como aliado y descendiente del Profeta, siendo por lo mismo acreedor á una consideracion especial. Almanzor comprendió que debía hacer algo para borrar el mal efecto causado por su rigidez, y con su habilidad de siempre encontró pronto el remedio. Haciéndose el devoto decidió engrandecer y hermohear en vasta escala la gran mezquita de Córdoba. Con esto halagó al clero; las obras grandiosas dieron trabajo y dinero al pueblo, que al mismo tiempo pudo recrear su vista en la multitud de prisioneros cristianos hechos en las campañas del Norte por Almanzor y su ejército, y que cargados de cadenas trabajaban en las obras del templo mahometano.

(1) El año no consta con exactitud, pero es muy probable que sea el indicado.

(2) Jerife era en el Occidente el título que se acostumbraba dar á los descendientes de Mahoma, como en Persia el título de *seyid ó imam-fate*.

El pueblo, que suele atribuirse los triunfos alcanzados por sus gobernantes, se sintió muy satisfecho y olvidó pronto el caso desagradable que lo había irritado, y Almanzor tuvo cuidado de proporcionarle otras distracciones sorprendentes. Teniendo ya su completa libertad de acción marchó con numerosas fuerzas contra los leoneses. El rey Bermudo se había quejado repetidas veces al regente, pero sin ser oído, del mal comportamiento de las tropas mahometanas que habían quedado en su país, y finalmente las había expulsado; pero a pesar de sobrarle razón pagó cara la expulsión de aquella soldadesca. A principios del año 377 (mediados de 987) estuvo el regente delante de Coimbra (1), que fué tomada y arrasada. El año siguiente se presentó delante de Leon, habiendo dejado á un lado á Bermudo, que esperaba ser atacado en Zamora, y despues de haber devastado todo el país á su paso desde Coimbra. Los valientes defensores de Leon sucumbieron, despues de una larga y heroica resistencia. Nada tuvieron que envidiar á los habitantes de la capital de Castilla los de Barcelona, y en la ciudad no quedó piedra sobre piedra. Los vencedores retrocedieron desde Leon á Zamora. El rey Bermudo en su desesperacion la abandonó furtivamente, lo cual determinó á los habitantes á entregarse á Almanzor, y muchas otras poblaciones se sometieron igualmente para librarse de los horrores de la guerra, quedando reducido Bermudo al territorio que se extiende desde Astorga, donde estableció su corte, hasta el mar. El regente no pudo seguirle hasta allí porque se lo impidieron sucesos que llamaron su atencion á otra parte. Aunque en su palacio de Sahira se veía rodeado de aduladores, no faltaban descontentos, no solamente en las provincias fronterizas, cuyos gobernadores y lugartenientes tenían mas libertad de acción, sino tambien entre la tropa árabe y hasta en algunas esferas del gobierno, donde muchos hombres creían ser, por sus ascendientes y su carácter, muy superiores al regente usurpador afortunado, á quien odiaban y deseaban derribar. El principal de estos descontentos era el tudschibida Abderraman Ibn Motarrif, el lugarteniente hereditario del califa en Zaragoza y la provincia del Norte, que orgulloso de su posición casi soberana, estaba indignado de tener que obedecer al regente. En la misma disposición de ánimo estaba el príncipe omniada Abdallah Piedra-Seca, gobernador de Toledo, que veía con envidia cómo el ministro usurpaba uno tras otro los privilegios que únicamente correspondían al monarca. Entre estos magnates y un hijo del regente, llamado Abdallah, que se creía postergado injustamente por su padre y por lo demás tenía motivo para dudar de su paternidad, se tramó una conspiración con el objeto nada menos que de derribar al regente y dividir entre sí el imperio. Almanzor tuvo noticia de lo que se tramaba antes de estar maduro el proyecto y entonces, con un hábil pretexto, se aseguró de la persona de Abdallah é indujo al tudschibida á tomar parte en una expedición de rapiña en el territorio de Castilla, la cual le dió ocasión para destituir á este poderoso vasallo y ponerle preso en el año 379 (989), dejando en su lugar á su hijo; de suerte que esta familia poderosa, á quien era preciso tratar con la mayor consideración, se conformó sin protestar. A Abdallah procuró seducir tratándole con suavidad y benevolencia, pero el joven, desconfiado y con el corazón lleno de amargura, no se fió y huyó al lado de García de Castilla. Esto bastó al regente para invadir este país, y habiéndose apoderado de algunas plazas fuertes quedó tan acorralado García que en el año 380 (990) entregó al vencedor el fugitivo que le reclamaba. El joven, antes

(1) La Conimbriga de los romanos, llamada por los árabes Columbría.

de llegar al campamento mahometano con sus acompañantes, encontró á los encargados de darle muerte, y la sufrió con valor y resignación. Abderraman fué tambien ejecutado y solo Abdallah Piedra-Seca escapó por lo pronto refugiándose en Astorga. Para hacer perder á los cristianos los deseos de acoger á los rebeldes y enemigos de su gobierno el regente excitó á Sancho, hijo de García, contra su padre y le auxilió con fuerza armada contra él en 384 (994). García cayó prisionero mortalmente herido en manos de las tropas mahometanas, en la batalla del Duero, y Sancho quedó siendo ya conde de Castilla y tributario de Córdoba. Abdallah Piedra-Seca, viéndose con estos ejemplos perdido y seguro de que le alcanzaria la sentencia de muerte que había alcanzado á sus compañeros, cuando vió que el regente marchaba otra vez contra Bermudo de Leon y que éste despues de haber perdido á Astorga se veía obligado á solicitar la paz, mendigó de la manera mas abyecta del vencedor la gracia de la vida, y Almanzor se la concedió por desprecio dejándole consumirse en un calabozo.

La temible conspiración había causado solo la desgracia de sus autores y la humillación mas vergonzosa de casi toda la España cristiana ante el hombre irresistible, cuyos enemigos no habían hecho mas que aumentar su poder. Entonces juzgó Almanzor que había llegado el tiempo de recorrer la corta distancia que le separaba de la meta de su ambición y hacia la cual se había dirigido, con indecible paciencia, precaución, perseverancia y lentitud. Ya en 381 (991) había confiado el cargo de ministro principal á su joven hijo Abdelmelik, y el año siguiente añadió á su sobrenombre honorífico el de El-Mu'ajjad, que era el nombre oficial del mismo califa Hixam, y desde su regreso del Norte se apropió el tratamiento de «soberano» (*seyid*) y de «noble rey» (*el-melik el-kerim*). No se atrevió á atribuirse el sagrado título de califa porque sabía muy bien que mientras se contentara con el cargo de mero representante del soberano legítimo tendria adormecida la conciencia del pueblo y del clero; el título de rey le bastaba, porque rey era, y rey fué hasta su muerte, no obstante que entonces mismo se hizo otro esfuerzo desesperado para derribarle.

Hacia á la sazón casi veinte años que á la muerte de Hakam II, el favor de la sultana Aurora y la propia astucia sutil del entonces mayordomo de palacio habían encumbrado á éste, haciéndole el primer personaje político del imperio; pero la maldición que pesa sobre todas las uniones que no son efecto del mútuo y puro cariño individual, sino que se fundan en la arena movediza del capricho, había producido tambien en tan largo período sus efectos destructores en la unión de Aurora y de Ibn Abi Amir, ya regente Almanzor y rey. La madre del califa había hecho el triste experimento de que á medida que crecía el poder de Almanzor iban menguando su afecto y hasta sus atenciones exteriores para con ella y al propio tiempo la influencia que ella había tenido sobre él. Tan luego como hubo adoptado el título de rey, Aurora, en quien los años habían hecho tambien estragos, quedó completamente relegada al olvido por el mismo hombre ingrato ante cuya ambición había sacrificado el interés de su hijo. Mas Aurora no era mujer capaz de resignarse sin luchar, y solo pensó en derribar al idolo que había sacado del polvo para encumbrarlo. Para esto solo tenía un medio, aunque temible, y era valerse de su hijo, para el cual había sido madre desnaturalizada. Había hecho antes todo lo posible para ahogar la inteligencia, la energía y la voluntad del pobre niño, y á la sazón quería súbitamente despertar el alma aletargada de su inocente víctima para hacerla comprender la abyección y la posición indigna en que estaba sumida y excitar su resentimiento y odio contra su carcele-

ro. Al propio tiempo, emisarios, servidores antiguos de la familia y partidarios de la dinastía procuraban propagar el descontento entre el pueblo de la capital y las personas influyentes en las provincias, para todo lo cual ofreció abundante recurso el gran tesoro de los califas, que se guardaba todavía en el palacio de Zahra. Mientras en el pueblo de Córdoba se divulgaba la voz de que el califa recluso deseaba salir de la esclavitud err que le tenía sumido el usurpador que le había separado del contacto de sus fieles súbditos, y se notaban ya síntomas de sublevación, el mismo califa, cosa inaudita, tomó una actitud primero muy fria en las entrevistas con el regente y luego de enfado y de reconvenciones contra él. Al propio tiempo, á fines del año 386 ó principios del siguiente (996-997), se sublevó en Fez Siri Ibn Atiya, el poderoso jefe de los Senatas, cuya influencia se extendía sobre todo el Magreb; arrojó del país á los empleados de Almanzor, cuyo nombre hizo suprimir en la oración de las mezquitas, y declaró públicamente su intención de pasar con sus berberiscos el Estrecho para devolver al califa la libertad. Esta amenaza era tanto mas grave cuanto que Bermudo II de Leon, al saber el levantamiento del jefe africano, se volvió á declarar independiente. Almanzor no dudó un momento de dónde partían estos golpes, y trató de pararlos quitando á Aurora el tesoro de los califas, á cuyo fin se procuró un dictámen del consejo de Estado y del clero, y apoyado en él, mandó sacar el tesoro de la Zahra; pero Aurora se negó á cumplir la orden de entregarlo, diciendo que el califa había ordenado lo contrario. Contra la sagrada persona del califa no podía Almanzor emplear la fuerza, porque esto habría desencadenado la tempestad, que tanto le importaba conjurar. La situación no podía ser mas crítica, y cualquier otro que no hubiese sido Almanzor se habría visto perdido; pero él no era hombre adocenado sino un titan por su inteligencia y firmeza, y esto le absuelve de sus delitos ante el tribunal de la historia. El supremo peligro, cuya gravedad comprendió en toda su extensión, no le turbó, antes bien le proporcionó su mayor triunfo. Logró audiencia secreta del califa, al cual se presentó con la serenidad mas admirable; con la magia de su palabra le hizo vacilar, y como en otro tiempo había cautivado á la madre, cautivó entonces al hijo, el cual de nuevo, y esta vez para siempre, quedó esclavo de la inteligencia superior del ministro. En presencia de testigos notables encargó el califa y en toda forma á Almanzor la dirección del Estado; ordenó que se le entregase el tesoro, y para probar á todo el mundo que todo esto se hacia por libérrima y expresa voluntad suya, recorrió solemnemente, acompañado del regente y de toda la corte, las calles de la capital. Con esto quedaron acalladas como calumniosas las voces que se habían esparcido respecto de la esclavitud del califa, y el regente pareció brillantemente justificado ante toda la nación. Lo demás era cosa secundaria: Aurora volvió á su soledad, haciéndose devota para expiar sus errores; Siri Ibn Atiya y Bermudo cesaron de ser temibles desde el momento en que Almanzor volvió á ser el verdadero rey de un Estado poderoso. Wadih, libertado del regente, fué enviado por éste con un ejército á Africa, mientras Almanzor se reservaba castigar en persona á los cristianos, empresa que resultó para él un nuevo triunfo como el Islam no lo había celebrado desde la conquista de España. Así demostró Almanzor, satisfaciendo á la vez su ambición y su interés personal, que él era el único digno de dirigir el poder ejecutivo y la fuerza armada del imperio.

Los únicos territorios de la península que desde que Pelayo y Alfonso I formaron el primer reino cristiano no habían sido hollados todavía por ejércitos musulmanes, eran las cadenas de montañas inaccesibles del Norte. Allí en el extre-

mo Noroeste estaba el sepulcro de Santiago de Compostela, el santo patron nacional de los españoles cristianos, cuyo santuario jamás había sido profanado por la presencia de un ismaelita; y allí se dirigió á la sazón Almanzor. A mediados del año 387 (997) salió de Córdoba á la cabeza de su caballería. Rápidamente llegó á la embocadura del Duero, donde se le unió la infantería, conducida allí por una gran escuadra. Pronto pasó el Miño, venciendo á los que trataron de oponerse á su paso, y el 10 de agosto, el 2 de Scha'aban, miércoles, del calendario mahometano, llegó con su ejército á la ciudad de Santiago, cuyos habitantes habían huido. La ciudad fué completamente arrasada, inclusa la catedral, exceptuando únicamente el sepulcro del santo, que se salvó de la destrucción por orden expresa de Almanzor, el cual puso allí una guardia para defenderlo contra toda profanación, y un monje anciano que no había querido huir por no abandonar la tumba sagrada fué respetado igualmente, ordenando el enemigo mortal de los cristianos que se le dejase orar allí en paz. Pasados algunos dias emprendió el ejército su regreso cargado de botin, que hubieron de llevar los prisioneros cristianos, los cuales tambien fueron obligados á llevar sobre sus hombros las campanas de la catedral destruida, hasta Córdoba, donde fueron suspendidas arrojadas para servir de lámparas en la gran mezquita. Cosa de 250 años despues tuvieron que llevarlas á hombro á Santiago prisioneros musulmanes.

Desde que Almanzor hizo su entrada triunfal en Córdoba de vuelta de su campaña mas gloriosa, parece que presintió algo del porvenir que el inexorable destino preparaba al imperio de Córdoba, porque desde entonces ya no corrió tras nuevas conquistas ni nuevos honores. Nadie pensó ya en sublevarse contra el rey invicto. Wadih no había obtenido grandes resultados en Africa, pero la sumisión de aquellos países no era ya mas que una cuestión de tiempo; y en efecto, el año siguiente, 388 (998), Abdelmelik, el hijo de Almanzor, derrotó los rebeldes completamente y sometió todo el Magreb. Siri Ibn Atiya, el jefe berberisco, murió en el año 391 (1001) á consecuencia de una herida recibida mucho antes en una batalla; de suerte que Almanzor habría podido pasar los últimos años de su vida disfrutando tranquilamente las delicias de su imperio; pero no lo hizo así. Con energía indómita el sexagenario regente llevó el timon del Estado, y no obstante su creciente debilidad física hizo cada año las dos expediciones de pillaje en territorio cristiano á que estaba ya acostumbrado. La asombrosa perspicacia y la energía de su espíritu continuaban como antes; pero no pudo, como Abderraman el Grande, ver acercarse su fin sin inquietud interior, porque no se podía ocultar á su sagacidad penetrante la poquísimas esperanzas que había de que la obra de su vida, la conservación de un gran imperio cuyos cimientos no ofrecían ya seguridad, fuese duradera. Solo á él había sido posible fundar un imperio personal al lado y por encima de la autoridad legítima, en medio de muchos y grandes peligros; solo él había sido capaz de defender este su poder contra todos los ataques; todo otro hombre que no hubiese tenido su fuerza habría fracasado al querer continuar este trabajo. Esta reflexión le hizo verter poco antes de su muerte lágrimas de amargura al pensar en el porvenir de Córdoba, mas floreciente que nunca. Nadie ha sabido lo que pasó en el último período de su vida en la mente de Almanzor, nadie ha podido oír jamás las acusaciones y defensas que debía hacer en su interior ante el tribunal de su propia conciencia. Para engañarse á sí mismo con ridículas mentiras, como hacen muchas viejas pecadoras, era demasiado orgulloso y demasiado inteligente, pero se hizo devoto; sabía lo que Allah había de decirle el dia del juicio, y vió que le quedaba